

«La paciencia y el consuelo de las Escrituras»

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Las Escrituras nos presentan la verdad de Dios de una manera diseñada para que su poder incida en nuestra condición y comportamiento. Gran parte del pasado está entrettejido en el Antiguo Testamento, pero solo en la medida en que ilumina los caminos de Dios y transmite profundas lecciones de carácter moral. Del mismo modo, en los Evangelios, solo se registra de nuestro Señor lo que puede darnos un cuádruple retrato de él y de Dios Padre revelado en él.

También en los Hechos de los Apóstoles se nos permite ver la acción del Espíritu Santo a través de los apóstoles y otros, que hizo posible la transición práctica del judaísmo al cristianismo en su propio carácter. Y en las Epístolas se nos enseña toda la verdad, pero nunca de un modo puramente teórico, como si se tratara de un esquema mental de filosofía divina. Toda la verdad que se nos comunica se aplica al estado y al comportamiento de los santos, de modo que el poder de esta verdad afecta a nuestras vidas y las hace conformes a la voluntad de Dios.

Esto es particularmente visible en Romanos, donde los capítulos 12 al 15 están llenos de directivas y exhortaciones basadas en la verdad del Evangelio expuesta en los capítulos precedentes. Aquí encontramos el gran versículo: «Porque lo que anteriormente fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito; para que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza» (Rom. 15:4).

La alusión aquí es claramente a las Escrituras del Antiguo Testamento, pues es allí donde encontramos las cosas escritas «anteriormente». Por supuesto, eran relevantes para las generaciones que las recibieron por primera vez, pero Dios también las tenía en mente para nosotros, cuando fueron dadas por inspiración del Espíritu Santo. Son para nuestro aprendizaje, pero ese aprendizaje no ha de ser académico –la mera adquisición de información correcta–, sino muy práctico. Es para promover la paciencia, o la resistencia, para dar consuelo, o aliento, y para imbuirnos de una esperanza que perdura. Y si esto puede decirse de las Escrituras del Antiguo Testamento, puede decirse con mayor énfasis aún del Nuevo Testamento.

¡Qué impacientes e insostenibles somos por naturaleza! El mundo está lleno de hombres con prisa por conseguir sus objetivos, ya sean buenos, malos o indiferentes. El mismo espíritu está manifestado con demasiada frecuencia por los verdaderos santos de Dios, que quieren lograr lo que es correcto y bíblico, y sin embargo lo persiguen con energía carnal sin darle tiempo a Dios para que actúe y lo logre en el poder de su Espíritu. No olvidemos que en 2 Corintios 12:12, lo primero que se menciona como señal de un apóstol, incluso antes que los milagros y las hazañas, es «toda paciencia». Ahora bien, si aprendemos correctamente de las «cosas escri-

tas anteriormente», veremos cómo Dios alcanza su fin con infinita paciencia, y a menudo a través de lo que parece una derrota, pues él es «el Dios de la paciencia», como dice el versículo 5 de [Romanos 15](#). Esto engendrará paciencia en nosotros.

Nos introducirá en el consuelo o estímulo del que están tan llenas las Escrituras. El panorama mundial es muy sombrío. En la Iglesia, el panorama no puede calificarse de alentador. Sin embargo, Dios es «el Dios de la consolación» o del consuelo, y por eso las Escrituras están llenas de este consuelo para el hombre de fe, por la sencilla razón de que presentan a Dios mismo. Al meditar en las Escrituras, fijamos nuestra mirada en Dios, en lo que ha hecho en Cristo y en lo que volverá a hacer. Entonces, en nuestros pensamientos, el hombre queda reducido a su propia insignificancia, y Dios revelado en Cristo brilla en toda su suficiencia ante nuestros ojos espirituales.

Entonces, a través de la paciencia y el consuelo de las Escrituras, podemos tener «esperanza» ([Rom. 15:4](#)). Llegamos a este punto a pesar de la desilusión que llena el mundo. La historia del mundo es, de hecho, un registro de esperanzas defraudadas, y si contemplamos el mundo actual como un extraño, sobre qué base podemos fundamentar cualquier esperanza, ya que la humanidad se hunde claramente en un estado de violencia masiva, sin precedentes desde que el mundo es mundo.

Solo entre los hombres, el hombre de fe tiene una base inquebrantable para su esperanza. El Dios que conoce es el «Dios de esperanza» ([Rom. 15:13](#)), presentado por el Espíritu a través de las Escrituras. Mientras esperamos la venida del Señor, que será la consumación de todas nuestras esperanzas, demos a las Escrituras, y a la verdad que nos comunican, un lugar prominente en todos nuestros pensamientos.